

La presa de oro negro

La presa Endhó, en Hidalgo, alimentó un vergel por décadas. Pero hoy es la principal cloaca del país, porque recibe las aguas residuales del Valle de México. Los peces murieron por la contaminación, su pestilente embalse puede olerse a kilómetros y sus aguas negras sirven para el riego de más de 85 mil hectáreas, donde se cultivan la mayoría de las hortalizas, frijol y maíz que se consumen en el centro de la república. El siguiente reportaje documenta la vida cotidiana en el Valle del Mezquital, donde sus habitantes padecen los efectos de la contaminación. **TEXTO: AMPARO TREJO • FOTO: JUAN CARLOS REYNOSO**





1. Parte del río Tula, que lleva los desechos residuales del DF a la presa Endhó. **2.** El viaje en lancha da una sensación de estar sobre cochambre. **3.** La malla ciclónica ya no puede contener el paso de la basura. **4.** Las autoridades hacen un esfuerzo por limpiar.

A la velocidad de una lancha de motor, las perlitas de agua negra estancada de la presa Endhó dejan en la piel el olor a petróleo viejo, a ácido añejo y en el pensamiento el excremento, el cochambre, los animales muertos y hasta las personas que han quedado sumergidas en esta llamada la cloaca más grande del mundo, a donde llegan las aguas del Valle de México.

En las cercanías, los árboles se agitan y murmuran con el viento de la madrugada que lleva el olor de la presa y las ventanas de las casas cercanas se cierran totalmente, sea frío, sea calor. Kilómetros a la redonda el olor ofende el olfato, se impregna en las paredes, en los baños, en la piel de la gente, en los corrales. Es más fuerte que el de los animales.

“Ya se pedorreó la presa”, define Marcelino Hernández, poblador del ribereño pueblo de Xijay, en Tula, Hidalgo, cuando el olor se concentra y se extiende a sus alrededores “como a las cinco de la mañana”, dice.

“Es una brisa que arde en los ojos”, dice Juana Guerrero del mismo poblado. En sus ojos están las huellas de una conjuntivitis que no cede. Dice el médico que es la presa.

A 140 kilómetros al noreste de la Ciudad de México, apenas a 15 minutos detrás de las ruinas arqueológicas de los toltecas, se extiende sobre mil 263 hectáreas esta presa que nació en 1957, aprovechando las aguas del río Tula. Con el tiempo se convirtió en un lugar turístico donde convivían nacionales y extranjeros disfrutando de deportes acuáticos, como veleo y pesca.

“Dice mi papá que venían a esquiar”, cuenta Felicitas Reyes, de 36 años, quien vive a 100 metros de la presa y cuando niña su familia vivía de la pesca y del campo, también del turismo. Ella es ahora peón en el campo y por 100 pesos diarios recoge maíz, calabaza, frijol ejote y avena.

Los recuerdos se multiplican apenas se toca ese tiempo. “La gente estaba muy contenta, no teníamos

agua potable, pero en la orilla hacíamos pozos y la llevábamos en burro. Cuando no teníamos qué comer íbamos a pescar”, recuerda Marcelino, un adolescente en ese tiempo. “Muchos nos manteníamos de ahí”. Había peces como lobina, trucha, mojarra y pez víbora.

Preparándose para la bonanza turística, algunos ribereños construyeron cabañas a la orilla de la presa.

Una mañana de 1975 la luz del sol iluminó la muerte de toneladas de esos peces. A través del río Tula, llegaban las primeras aguas del Emisor Central. En un principio era el agua de lluvia que arrastraba la mugre de una ciudad que creció y se extendió sin control.

Con el olor nauseabundo de millones de peces en proceso de descomposición, los ribereños, impotentes, abrieron fosas a pico y pala en las orillas para enterrarlos. “No pudimos hacer nada, entonces había mucha represión”, ni siquiera pudieron protestar. Todo se acabó en ocho días, recuerda Marcelino hoy de 51 años, él se quedó sin nada.



Un paraíso pestilente

Todos los días, cada habitante de los más de 20 millones que pueblan la Zona Metropolitana de la Ciudad de México genera un promedio de 0.91 kilogramos de basura, pero además, por las cañerías dejan deslizar residuos de las casas. Por las alcantarillas el agua de lluvia se lleva también basura, y de los mercados y de las empresas viaja rumbo al Valle del Mezquital.

Las aguas negras llegaron a esta región de Hidalgo en 1900, pero la mugre, rica en materia orgánica, mejoró las tierras y los pobladores pobres y sin esperanzas la declararon oro negro. Actualmente se riegan 85 mil 970 hectáreas, en beneficio de 57 mil 341 agricultores, tan sólo de la presa Endhó. Ninguno vive alrededor del embalse.

En el silencio de la resignación de quienes recibieron la basura, y en la indiferencia del desecho que arrastra el agua desde la gran ciudad, la negrura de la presa Endhó se acentuó. En 1992 incorporaron aguas residuales al Emisor Central, además de las pluviales, y se hizo más apestosa y problemática. Hoy la presa es símbolo de una de las zonas más contaminadas del país: el Valle del Mezquital.

Los despojados

“Somos afectados por todo el cochino y no recibimos ningún beneficio”. Juana Guerrero, haciendo

honor a su apellido se armó de valor el pasado 31 de marzo y encaró al presidente Felipe Calderón, quien ese día presentaba un Plan Hídrico a toda la nación desde la presa Endhó.

“Ustedes vienen a lavarnos el cerebro, quédense a vivir lo que estamos viviendo”, le gritó la impotencia y el enojo de Juana al presidente. “No se han preocupado por nosotros, esa presa la han agarrado para sus campañas”.

De los originarios de Xijay, en el poniente de la presa, donde el agua quedó muy abajo, más de 400 personas perdieron todo cuando llegó el agua negra, hasta el derecho de regar

sus tierras. Hoy el lugar árido lleno de cactáceas produce apenas algo de maíz en tiempo de lluvias.

Y cuando los alrededores se llenaron de moscos incubados en el lirio que infestó los alrededores de la Endhó, perdieron hasta sus animales.

“Los moscos los dejaban ciegos, no podíamos tener nada porque los atacaban”, recuerda Abel Vilchis de 67 años. En los diarios locales quedó el registro de la muerte de hombres que, ebrios, se quedaban dormidos en la calle y morían por el piquete de miles de insectos.

Sólo se quedaron las enfermedades, el olor fétido y el anhelo de la riqueza agrícola de campos verdes y productivos que ven en las tierras bajas al oriente de la presa, donde llega agua negra por gravedad de otros canales, no de la Endhó.

“La vida mejoró: más cosechas, más rendimientos, hasta en un 100 por ciento”, reconoce el comisariado ejidal de Santa Ana Ahuehuepan, Perfecto Cervantes García, de 56 años, quien vivió hasta los 12 años en



1

la presa de agua limpia y ahora goza de los beneficios del agua negra.

El agua es calentita para el regador que mete las manos y los pies, a veces desnudos, o que se lanza hasta de clavado en la negrura para liberar las atoradas compuertas en mal estado que dan paso al agua. Es para ellos también inofensiva cuando en sus orillas comen su itacate (el alimento que se lleva para consumir fuera de casa) sin que sus manos pasen por el jabón y el agua limpia.

“Para nosotros es mucha ayuda porque no usamos abono”, cuenta José Luis García, de oficio regador desde hace 20 años, mientras espera paciente el riego de la primera de 16 hectáreas a unos 200 metros de la presa. Ocho días con sus noches utiliza para el “remoje”, preparar la tierra para la siembra de frijol y su patrón le paga por todo mil 600 pesos.

Esta zona tiene el mayor rendimiento por hectárea de alfalfa de todo el estado, según informes de la Dirección de Desarrollo Agropecuario del municipio de Tula, Hidalgo.

En el Valle del Mezquital, con la misma agua residual que va de la capital del país también se riega el maíz, calabaza, alfalfa, haba y chile que llegan a las mesas de los pobladores de la Ciudad de México...

En el Valle, con la misma agua residual que va de la capital del país también se riega el maíz, calabaza, alfalfa, haba y chile que llegan a las mesas de los pobladores de la ciudad más grande del mundo.

“El mugrero se los regresamos compuesto”, dice de muy buen humor el regador de 35 años. Además, en las cercanías se pueden ver cultivos considerados ilegales para la zona como betabel, cilantro, coliflor, col y otras hortalizas, con igual destino.

Estudios realizados a mediados de los años ochenta advertían de la presencia de metales como mercurio, cadmio y cromo en las tierras y en los cultivos, señalaban

que los chiles cosechados en esta zona reportaban contenido de metales pesados en las hojas.

La bióloga Graciela Sierra, de la Facultad de Ciencias de la UNAM, quien realizó muestreos con métodos por absorción atómica en una zona regada por 100 años con agua residual en el Valle del Mezquital, advierte: “Los fosfatos contenidos en los detergentes crean salinación en los suelos con un porcentaje de infertilidad, son los más dañinos”. Aunque, agrega, “sólo encontramos metales pesados en la raíz de las alfalfas viejas, es decir, sembradas hace cuatro o cinco años, en la leche de vaca hay plomo y en plantas es casi nulo”.



2



4



3

1. José Luis García es regador. “El mugrero se los regresamos compuesto (como hortalizas)”, dice. 2. El centro de Santa Ana Ahuehuepan, a orillas de la presa. 3. Trabajos de desazolve. 4. Las llantas son la basura más común.

Por lo tanto, la especialista hace un llamado a limpiar las aguas residuales, pero de metales pesados. “Sacar las aguas residuales por el río Tula y de ahí al Pánuco y al Golfo de México fue la gran idea, pero no previeron las consecuencias”. Si ahora van a tratar las aguas, “que sea de metales pesados, no de materia orgánica”.

Un espejo de basura

Entre junio y julio un ejército de recolectores caminan en las orillas de la presa recogiendo basura. Las llantas abundan, plásticos de todo tipo, además de la materia orgánica, botellas, animales y hasta cadáveres. La presa tiene un azolve de 44.4 millones de metros cúbicos: es una enorme laguna de estabilización que saca agua de mejor calidad de la que entra.

“En el diseño de cualquier presa se considera como una variable la capacidad de azolves, cantidad que ya ha sido rebasada en la presa Endhó”, explica la bioquímica Rosalba Montelongo, de la

subdirección de Asistencia Técnica y Operación de la Comisión Nacional del Agua. Pero no consideran el desazolve porque es muy costoso, señala.

En 2007, en época de estiaje, se recogieron dos mil 200 toneladas sólo de plásticos y cinco mil 500 toneladas de basura en las orillas. Desde el 30 de diciembre de 2005 ya no hay lirio y ya no hay moscos.

El Gobierno del Estado, a través del director del Consejo Estatal de Ecología, Roberto Reyes Monzalvo, mantiene la zona con programas de limpieza y de educación ambiental, además de estudios sobre salud.

Desde 1980 se reportaban problemas de salud, no sólo enfermedades gastrointestinales, sino un incremento en casos de cáncer. Actualmente, los servicios públicos de salud reciben cada año más casos de cáncer y de malformaciones y mutaciones genéticas, que mantienen bajo gran discreción. Al respecto, Reyes Monzalvo reconoce

que hay problemas. “Hace mes y medio comenzó un estudio que pretende identificar la correlación entre la salud pública y la contaminación en la región Tula-Tepeji”. El Congreso del Estado destinó 4.5 millones de pesos, pero aún no hay resultados.

Hay cinco plantas de tratamiento de aguas residuales en proceso de construcción como parte del Programa de Sustentabilidad Hídrica del Valle de México. Una de ellas, que será la más grande del mundo, según la Conagua, llevará aguas grises a la presa. La población ribereña desconoce todo esto, pero hay la expectativa de recobrar los peces en la zona, aunque se anunció que las obras concluirán hasta 2012.

“¿Cree que la veamos?, ¿va a tardar mucho?”, pregunta don Abel Vilchis, de 67 años, que le ha tocado vivir todo, desde que en el fondo de la presa se quedó enterrado un pueblo, que a veces asoma las cúpulas y el campanario. Él sólo se queda triste.